

DISCURSO INAUGURAL
DEL PRESIDENTE, ELÍAS ROYÓN, SJ,
XVIII ASAMBLEA GENERAL DE CONFER

Madrid, 15 de noviembre de 2011

Mis primeras palabras quieren ser un saludo agradecido al Sr. Nuncio que ha presidido la eucaristía inaugural, nos preside ahora en nombre de su Santidad y comparte con nosotros un acontecimiento tan importante para la vida religiosa española como la Asamblea General de CONFER. Es una oportunidad para agradecerle públicamente las muestras de estima y aprecio por la vida consagrada. Por su mediación, Sr. Nuncio, quisiéramos hacer llegar al Santo Padre los sentimientos de fidelidad y amor de los religiosos y religiosas españolas; el agradecimiento por sus palabras siempre iluminadoras y en las que sentimos su afecto y aprecio.

Nuestro agradecimiento al Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, Don Vicente, por sus palabras y que haya querido acompañarnos durante toda la Asamblea; una muestra clara de su interés y cercanía a CONFER, que ya hemos tenido ocasión de comprobar, en el poco tiempo que lleva como presidente de la Comisión episcopal. En él saludamos a todos los miembros de la Comisión, algunos de los cuales han anunciado que se harán presentes en estos días, y a nuestros Pastores, los demás Obispos de la Conferencia Episcopal.

Al P. Eusebio, agradecemos su presencia en casi todas las Asambleas de la CONFER; él sabe bien que en ellas siempre ha sido acogido en casa como un hermano; en esta le acogemos y felicitamos además como Pastor, obispo de Tarazona y miembro de la Comisión de la Vida Consagrada.

Un saludo agradecido a Lydia Jiménez, Presidenta de CEDIS (Conferencia Española de Institutos Seculares) que nos acompaña.

Igualmente a la Presidenta y al Secretario General de la FERE, la institución hermana a la que pertenecéis tantos de vosotros y vosotras, Superiores Mayores, comprometidos con la misión de la Escuela Católica.

Con gozo y alegría en el Señor os saludo y os doy la más cordial y fraternal bienvenida a todas vosotras y vosotros, Superiores Mayores, que constituís esta XVIII Asamblea General de CONFER. Gracias por vuestra numerosa participación que nos permite también este año, tener el quórum necesario en la primera convocatoria para que la Asamblea quede formalmente constituida. Una presencia que es fiel reflejo de vuestro interés por todo lo que anima y ayuda a la vida religiosa. Una colaboración que deseo agradecer cordialmente. En varias circunstancias he tenido ocasión de manifestaros que asumí la responsabilidad de presidir CONFER contando con vuestra ayuda. Y es este un momento significativo para dejar constancia de que en CONFER percibimos vuestro ánimo y vuestro aliento.

Aunque brevemente, quisiera *hacer memoria* de algunos de los acontecimientos más importantes que han tenido lugar en CONFER desde la Asamblea anterior.

En primer lugar me complace reseñar la visita que el Sr. Nuncio tuvo la delicadeza de hacer a nuestra Sede el pasado 23 de marzo. Pudo constatar el trabajo de las áreas y servicios de la CONFER para ayudar y servir a la vida religiosa española. Se interesó por cada uno y agradeció el trabajo que se realiza.

Continúan profundizándose las relaciones con la Conferencia Episcopal y de modo particular con los miembros de la Comisión para la Vida Consagrada. Así en un clima de normalidad y confianza hemos tenido dos encuentros con el Presidente, algunos obispos de la nueva Comisión, elegida en la Plenaria del Episcopado del pasado mes de marzo, y con la Directora del Secretariado de dicha Comisión, Lourdes Grosso, a la que agradecemos su presencia aquí. Hemos continuado así los encuentros que ya se habían mantenido con la Comisión anterior. Estos encuentros, varios de los cuales han tenido lugar en la Sede de CONFER, son considerados desde su inicio, como complementarios de los que habitualmente tienen lugar en la sede de la COBYSUMA. Entre otros asuntos, hemos abordado temas como las Fundaciones canónicas para las instituciones no docentes, la redacción de los Cauces Operativos para las relaciones mutuas entre Obispos y Superiores Mayores, la evaluación del Macrofestival de la Vida Consagrada en la JMJ, etc. Hay voluntad de que estas reuniones formen parte de las relaciones normales entre la Comisión Episcopal y CONFER, y muestren la voluntad decidida de crecer en las relaciones mutuas y por tanto en la comunión eclesial.

Me complace recordar en este momento, que contribuir a la comunión eclesial, es uno de los objetivos que CONFER más acaricia, creemos en su necesidad y apostamos porque sea cada vez más posible. La vida religiosa es esencialmente un

servicio en la Iglesia y para la Iglesia. Un servicio que los religiosos prestan en las Iglesias locales, desde su ser de consagrados y desde su actuar misionero, según los carismas que le son propios.

He tenido oportunidad de afirmar en otra ocasión que la vida religiosa española está empeñada con generosidad y lealtad en esa actitud de conversión que exige la comunión eclesial en el quehacer pastoral. Reconocemos y agradecemos cuando, con caridad y en fraternidad evangélicas, desde el servicio de la autoridad, se nos indican lagunas, se nos advierte de actuaciones a corregir; como confiamos, con igual gratitud, que nuestros pastores nos animen y acompañen a continuar encarando, desde nuestra propia peculiaridad que enriquece la comunión, las urgencias misioneras de las fronteras de la nueva evangelización.

En la comunión eclesial se articulan jerárquicamente diferentes responsabilidades ministeriales y pastorales, pero se construye con los encuentros personales, los gestos de acogida fraterna, el disolver prejuicios, favorecer ambientes que favorecen el diálogo sincero y constructivo. Puedo afirmar, con gozo en el Señor, que se constata la acogida de la acción del Espíritu en los corazones de todos: se agrandan los cauces de encuentro donde se superan barreras y se profundizan el conocimiento y la estima mutua que facilitan la colaboración en la evangelización en las Iglesias locales.

No puedo ocultaros, sin embargo, la preocupación que nos produce el constatar que algunas Congregaciones religiosas se vienen situando al margen de la CONFER como Institución y están ausentes de sus actividades. Me consta el interés que en las Confer Regionales y Diocesanas mostráis por ampliar las relaciones con todos los Institutos. Nos alegraría que, con la colaboración de todos, esta situación fuera cambiando, como igualmente que se establecieran relaciones respetuosas y fraternas con otros grupos y movimientos eclesiales. De nuestra parte, debemos examinar y reflexionar qué obstáculos pueden impedir las o dificultarlas.

Entiendo que construir y ampliar la comunión en la Iglesia, también en sus dimensiones horizontales, no es algo opcional, dejado a la discreción de pareceres y apreciaciones particulares o coyunturales, sino que viene exigido por el mismo hecho de ser Iglesia. Como advierte Juan Pablo II : “los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles en el entramado de la vida de cada Iglesia” (NMI 45).

Otro momento para recordar, ha sido el Acto Académico celebrado el día 8 de abril, en la Pontificia Universidad de Salamanca organizado conjuntamente con la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, que tuvo por título “*Las relaciones mutuas en España*”, en el que se conmemoraban los treinta años de la Instrucción *La Vida religiosa, un carisma al servicio de la Iglesia* (25 noviembre 1981) de la Conferencia Episcopal Española, y los quince de la Exhortación Sinodal *Vita Consecrata* (25 marzo 1996). Se pretendía poner de manifiesto el deseo de avanzar en las “relaciones mutuas” que construyen la comunión.

Intervinieron en el Acto, por este orden: Mons Vicente Jiménez, Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, Elías Royón, Presidente de CONFER, Mons Eusebio Hernández, OAR, Obispo de Tarazona y miembro de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, y Mons. Joseph W. Tobin, O.Ss.R. Secretario de la CIVCSVA, que presidió también la eucaristía final.

Al interior de la vida religiosa, este curso hemos desarrollado una iniciativa dirigida a favorecer la reflexión compartida entre Superiores y Superiores Mayores sobre aquellos asuntos que más nos preocupan. Crear un espacio que facilitara el encuentro y el diálogo con otros Superiores Mayores en un horizonte más amplio, que el de la propia Congregación. A modo de seminario, una vez al mes, hemos afrontado seis temas de singular interés, como por ejemplo: revitalizar la vida y misión en las provincias, la misión compartida, la comunión eclesial, la persona del provincial, etc. La evaluación ha sido tan favorable que continuaremos este curso con estos “Encuentros de reflexión compartida” como los hemos llamado. Todos aportamos nuestra propia experiencia, y todos aprendemos de los demás.

Hace apenas un mes, el 30 de septiembre, celebramos una Jornada de reflexión sobre “La Vida Religiosa ante la Nueva Evangelización”, que reunió a más de trescientos superiores y superiores mayores, delegados de pastoral, miembros de los consejos provinciales, signo del interés que la vida religiosa tiene por la nueva evangelización. La vida religiosa española no puede estar ausente ni al margen de este desafío de la transmisión de la fe en nuestro mundo, en este inicio del milenio.

Se pretendía conocer y aportar sugerencias al documento *–Lineamenta–*, a la vez que, favorecer y animar a la vida religiosa a responder con decisión y creatividad misionera, a esta convocatoria eclesial. Alinearnos, por tanto, con nuestra historia evangelizadora que nos habla de que “los grandes movimientos de evangelización, surgidos en dos mil años de cristianismo, están vinculados a formas de radicalismo

evangélico” (*Lineamenta*, n.8), es decir, a nuestras Congregaciones e Institutos. La nota de universalidad, propia de la vida religiosa, nos permite aportar un conocimiento y una experiencia de la situación actual de la evangelización en buena parte del planeta, que no será fácil encontrar en otras Instituciones eclesíásticas. Las ponencias de esta Jornada las encontraréis en vuestras carpetas.

No podemos dejar de recordar aquí la situación de paro y en consecuencia de pobreza en que se encuentran miles de familias; y entre ellas de modo particular los inmigrantes. Una crisis que afecta no solo aspectos materiales sino a la misma dignidad de la persona. CONFER ha participado junto con otras organizaciones en diversas campañas de apoyo y solidaridad; y todas las Congregaciones estáis procurando de modos diversos, haceros presentes a este drama humano.

¿Dónde vives?... venid... Fueron, vieron... se quedaron con El.

Paso ahora a comentar el tema central de esta Asamblea que se encuadra en los objetivos que nos hemos marcado para este trienio y que tuvimos ocasión de presentaros el año pasado. Como recordáis tienen dos focos de atención preferente: *la esperanza y la comunión*.

Queremos afrontar en esta Asamblea la situación actual de la escasez de vocaciones. Con ello continuamos profundizando en esa esperanza tan indispensable para vivir la novedad del Espíritu. “Nacer de nuevo para una esperanza viva”, comentamos el año pasado, convencidos de que tenemos que ser, como se ha dicho, “samaritanos de la esperanza,” en nuestro mundo y nuestra cultura, tan agrietada de desilusión. Una esperanza como fundamento de nuestras vidas y objeto de nuestra acción evangelizadora en el mundo. Una esperanza enraizada en Cristo que nos anima constantemente a renovar nuestras vidas de consagrados y apóstoles; a “nacer de nuevo”, a “renacer del agua y del Espíritu” (cfr Jn. 3,8). La vida religiosa es ante todo eso, “vida”; vida en el Espíritu; vida para ser entregada y compartida para que el mundo tenga vida en abundancia. Esta vida es siempre novedad, y sin ellas, sin vida y sin novedad, la esperanza se difumina y nos amenaza la desilusión y el desaliento.

Y qué duda cabe que la novedad y la vida se muestran, entre otras cosas, también en las vocaciones, en las nuevas presencias de hermanos y hermanas que se sienten invitados por la misma llamada del Señor a la que nosotros respondimos. Conscientes, sin embargo, que el futuro de la vida consagrada no se juega, como algunos pretenden,

en el número de personas con que cuentan las Congregaciones. Su futuro y por tanto su esperanza, está fundado en la calidad de nuestras vidas en el seguimiento de Jesús; en el gozo y la radicalidad con que testimoniamos a Jesucristo en nuestro mundo.

Pero existe y es lógico que exista una preocupación por la disminución progresiva del número de religiosos y religiosas. Es lógica la preocupación; pero debemos procurar que ella sea evangélica y no angustiosa; que nos mueva más el deseo de que la voluntad del Señor se cumpla, que la angustia por tener sucesores que nos sustituyan en determinadas tareas o trabajos pastorales, que consideramos insustituibles. Son importantes nuestros proyectos apostólicos, pero nos debe preocupar más, que los carismas de nuestros Institutos, que el Espíritu ha regalado a su Iglesia, continúen engendrando vida; así, nuestro protagonismo disminuye y crece en nosotros la conciencia de gratuidad y de ser simplemente “servidores de la misión” de Jesucristo.

La falta de vocaciones religiosas no es un problema que afecte solo a las congregaciones e institutos religiosos. Afecta a la comunidad cristiana. Y es toda la comunidad cristiana la que debe preocuparse de ello, como indicó recientemente el Papa: “Si la vida consagrada es un bien para toda la Iglesia, dijo, algo que interesa a todos, también la pastoral que busca promover las vocaciones a la vida consagrada debe ser un compromiso sentido por todos: obispos, sacerdotes, consagrados y laicos” (*L’Osservatore Romano*, 5 noviembre 2010)

No se trata evidentemente de hacer, en esta Asamblea, propuestas de pastoral vocacional, sino más bien intentar reflexionar sobre algunas cuestiones que, de un modo u otro, están en el ambiente y afectan a la vida de los consagrados: ¿la vida religiosa en nuestro tiempo es “engendradora de vida”; atrae a los jóvenes, suscita el deseo de ser imitada, genera seducción y contagia entusiasmo? ¿Será que la vida consagrada ha dejado de ser *fragancia de Cristo* (2 Cor 2,15) dentro de la misma Iglesia? ¿Sus modos de vivir y actuar, personal y comunitariamente, han dejado de tener esa “sobrereabundancia de gratuidad” que contagia y atrae a los jóvenes más generosos? (cfr. *VC*, n.104).

Unas preguntas a las que nos acercamos con honestidad, sin defendernos ni justificarnos, pero también sin culpabilizarnos, ni dejarnos atrapar por el desengaño o la desilusión, sino con la pretensión de buscar la verdad y construir la esperanza.

Es preciso, pues, un discernimiento atento para poner en evidencia la complejidad del fenómeno vocacional de nuestro tiempo. Un análisis somero de la cultura actual es más que suficiente para darnos cuenta de esta complejidad. Un cúmulo tal de circunstancias y de cambios profundos se ha verificado con tal rapidez en nuestra

sociedad y en la misma Iglesia, que a veces tenemos la tentación de pensar que cada vocación es un verdadero milagro. Los medios de comunicación reflejan frecuentemente una imagen negativa de la Iglesia y de las Instituciones religiosas. Y en los últimos años los abusos a menores ha agravado considerablemente esta imagen.

Si estos son factores que no favorecen preguntas vocacionales, sin embargo, se alumbran “nuevos valores” o sensibilidades que tienen un explícito ligamen con la vocación. Acabamos de ser testigos de la experiencia de fe que ha significado la JMJ del pasado agosto. Cientos de miles de jóvenes. Jóvenes abiertos a la trascendencia, sinceramente creyentes, sensibles a los símbolos litúrgicos, a la oración y al silencio. Que expresan públicamente su fe y que se siente bien en los grupos y comunidades eclesiales. Estaban allí porque creían en Jesucristo, y querían escuchar al Papa que les hablaba muy claramente de El, como camino para encontrar a Dios y al hermano, como salvador y fuente de esperanza para todos los hombres. Premisas fecundas para acoger un proyecto de vida, una llamada del Señor.

No obstante esta experiencia tan esperanzadora, es claro también que vivimos un cuadro sociocultural y eclesial complejo que dificulta lo religioso y, con mayor razón, la escucha y la respuesta vocacional; el entender la vida como vocación. Por consiguiente, es posible afirmar con objetividad que la crisis vocacional no es achacable a los defectos y debilidades de los religiosos, como a veces se escribe y se dice. Hay que reconocer que, la mayoría de sus causas, por su origen y naturaleza, escapan a nuestra capacidad de hacerlas cambiar o desaparecer.

Sin embargo, una lectura en fe de la realidad de nuestro entorno y de la situación interior de las congregaciones religiosas debe llevarnos también a preguntarnos con humildad que nos está pidiendo el Señor en esta hora de renovación y cambio. Observamos también con sinceridad que la sequía vocacional tiene sus excepciones. Sin olvidar que debe ser mayor la preocupación por la calidad que por el número de los candidatos. No se trata de tener más novicios o novicias a cualquier precio. Es preciso “probar” con cuidado la raíz de las motivaciones, y constatar la existencia, o su posible desarrollo, de aquellas cualidades humanas que conceden una cierta garantía de autenticidad a la llamada.

Las vocaciones son ante todo un don de Dios, un don gratuito, que es preciso pedir, personal y comunitariamente, con confianza al Señor de la mies que nos urge a que se lo imploremos: “que mande obreros a su mies”. Un don, pero condicionado a nuestros esfuerzos por suscitarlo y descubrirlo. Y quizás en algunos ambientes de la

vida religiosa, se haya establecido, más o menos explícitamente, la resignación de no poder contar ya con nuevos candidatos, estando a punto de abandonar la promoción vocacional. Hay quien observa, sin embargo, que el Señor continúa llamando a jóvenes a seguirle en la radicalidad de la consagración, pues la “mies sigue siendo mucha”, y la vida religiosa está en el “corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión” (VC, 3). Pero tal vez no estemos poniendo todos los medios y recursos necesarios para colaborar con esta gracia. (cfr. P. Kolvenbach, cartas del 8 noviembre 1993 y 29 septiembre 1997, sobre la promoción de las vocaciones).

Quedarnos tranquilos, más menos satisfechos, contemplando nuestra incapacidad para influir en tantos factores socio-culturales, que dificultan la escucha de la llamada, sería un ejercicio de irresponsabilidad. De hecho, no es esta la actitud adoptada por la mayoría de las familias religiosas.

En el documento conclusivo del Congreso, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, se constata la necesidad de un “salto de calidad” en la pastoral vocacional, y así lo recogía el Papa en el discurso final. *“Es tiempo de que se pase decididamente de la patología del cansancio y de la resignación, que se justifica atribuyendo a la actual generación juvenil la causa única de la crisis vocacional, al valor de hacerse los interrogantes oportunos y ver los eventuales errores y fallos a fin de llegar a un ardiente nuevo impulso creativo de testimonio”*.

Este “salto cualitativo” está íntimamente relacionado con lo que se suele llamar “cultura vocacional”, que afecta los diversos y complejos aspectos de la pastoral juvenil y vocacional, pero que tiene también su particular referencia a la vida y misión de los consagrados.

Es imprescindible el papel de “mediación” de las comunidades cristianas, y en su tanto de las Congregaciones religiosas, que ayuden al joven a descubrir la propia vocación. El Señor llama, pero esa llamada no puede crecer y prosperar sino plantado en el terreno que le conviene. Quien recibe el “don” de la vocación necesita “ver” en unos hombres y mujeres concretos la realización de la llamada que siente.

Venid y veréis...

Parece evidente que un elemento que se requiere para este “salto de calidad” en la pastoral vocacional y para crear “cultura vocacional”, está sugerido en la respuesta de Jesús a la pregunta de los discípulos: *Venid y veréis*. Se remite pues, a la “visibilidad” y

la “transparencia” de la vida de los consagrados. Una visibilidad y transparencia que suscite interrogantes, deseo de conocer más el por qué y la motivación de nuestra consagración, y, en definitiva, de esta forma de seguimiento radical de Jesús, que se identifica con el carisma de una concreta familia religiosa. Que el “llamado” por el Señor pueda “ver”, cómo una vida responde a una llamada. Los jóvenes de hoy están más interesados por el testimonio de las vidas que por las declaraciones de intenciones y exigen signos que transparenten la coherencia de vida; su propia necesidad de seguridad les lleva a considerar como imprescindible la experiencia de ser atraídos por la vida de otros.

En una cultura que elogia y premia la eficacia y el éxito, la visibilidad que la vida consagrada debe buscar es la transparencia en el modo de vivir y actuar, una visibilidad que muestre la coherencia de vida y misión; que hagan visibles a nuestros contemporáneos las actitudes de Jesús y los valores de las Bienaventuranzas; que sea expresión de lo que cada familia religiosa es; signo de lo que le distingue y le es peculiar dentro de la Iglesia.

Un factor de esta visibilidad es sin duda la *vida comunitaria*. Tal vez sea hoy uno de los más atractivos para los jóvenes. A veces, casi el más significativo para los que discernen o están en camino de búsqueda. A pesar del individualismo tan arraigado en nuestra sociedad, son precisamente actitudes comunitarias como la acogida, la fraternidad, la simplicidad, la hospitalidad, el perdón, la misericordia... las que atraen y contagian, las que cuando son transparentes provocan el deseo de compartirlas.

Pero es necesario añadir todavía un elemento determinante de visibilidad en estas comunidades: *la pobreza y simplicidad de vida*. La pobreza personal y comunitaria es condición inequívoca de nuestra credibilidad y los jóvenes tienen una sensibilidad especial para percibirla. Frente a las actitudes y valores de la cultura dominante, la vivencia de la pobreza evangélica es un testimonio contracultural de la gratuidad, y la transparencia de que deseamos vivir de Dios y para Dios, sin poner la confianza en los bienes materiales.

El terreno propicio, pues, para que se suscite y prospere una vocación es sin duda el contagio de un ambiente donde el seguimiento de Jesús se viva con gozo, convicción, e ilusión, y genere un espacio en que sea posible vivir con esperanza. Este clima seduce y suscita el deseo de participar de esa vida. No podemos olvidar la importancia que la seducción y el deseo juegan en los procesos vocacionales.

Solo si nosotros mismos, nuestras comunidades e instituciones hablamos el lenguaje simbólico de la vida que interpela al corazón, será posible interesar a los jóvenes

por la vocación a la vida religiosa. Porque toda vocación es un don gratuito y misterioso de Dios, pero la calidad de nuestras vidas es la imagen humana visible de su llamada.

Por consiguiente el ambiente que se respira en el interior de la vida consagrada contagia deseos de entrega incondicional al Señor, gozo en el vivir la radicalidad evangélica y esperanza en el futuro. Unas vidas tristes, mediocres y grises no suscitan deseo de compartirlas. Hablemos este lenguaje existencial para hacernos comprender sin intérpretes. El seguimiento de Jesús vivido y compartido con otros manifiesta los frutos del Espíritu: el gozo, la alegría, la esperanza (cfr Gal, 5,22).

En este contexto del contagio y deseo de compartir la vida, se hace necesario hacer referencia a la misión de los religiosos, que está ciertamente inscrita en el corazón mismo de cada forma de vida consagrada (cfr *VC*, 25). Juan Pablo II dice en *Vita Consecrata* que la “vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión” (*VC*, 3). Y nos encomienda “elaborar y llevar a cabo nuevos proyectos de evangelización para las situaciones actuales..., nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy”. (*VC*, 73). La promoción vocacional no puede ser ajena a la rica y variada tarea evangelizadora de los religiosos y religiosas. Algunos insinúan como si los jóvenes de hoy mostrasen más interés por el *ser* de los religiosos que por su *hacer*; como si se sintiesen más atraídos por el testimonio de sus votos y la vida en común que por su acción pastoral. Sin embargo, esta distinción no tiene lugar, cuando la misión se vive como una respuesta al envío del Señor a continuar su obra salvadora, que exige disponibilidad radical y servicio gratuito. En el *ser* religioso está inserto su quehacer misionero. Consagración y misión son inseparables, como en Jesucristo, el ungido y enviado del Padre.(cfr Jn, 10,36). Sin duda alguna esta presencia misionera de los religiosos en la Iglesia y en el mundo es un signo transparente de sus vidas que puede atraer y contagiar: *vosotros sois la sal de la tierra... la luz del mundo* (Mt, 5,13-14).

Termino volviendo al inicio de esta reflexión que he compartido fraternalmente con vosotros. La crisis actual de vocaciones eclesiales no puede ser en modo alguno, causa de desaliento y desesperanza, sino de preocupación confiada. Porque la vida religiosa está enraizada en los planes de Dios para su Iglesia; no es un fenómeno social o cultural de una época determinada, sino un don del Espíritu para la Iglesia de todos los tiempos; también para los tiempos presentes y futuros, como tan recientemente ha formulado Benedicto XVI (A los Superiores Generales el 26 noviembre 2010). Un futuro que confiamos a la bondad y a la fidelidad de Dios.

Pero una confianza que desafía nuestras vidas de consagrados. Promover vocaciones, impulsar una cultura vocacional, pasar decididamente del cansancio y la resignación a dar un nuevo impulso creativo a la pastoral juvenil y vocacional, supone ciertamente un desafío a nuestras vidas, nuestras comunidades, nuestras instituciones, nuestra pastoral. Confiando en el Espíritu que nos engendró en la Iglesia, abramos las puertas a la esperanza. Continua habiendo jóvenes que nos miran sorprendidos con fe y generosidad, tenemos un proyecto de vida que ofrecerles y una tarea evangelizadora que compartir con ellos, mantengamos las puertas y ventanas abiertas y aceptemos el desafío de invitarles a que “*vengan y vean*”. Esta será el mejor modo de construir la esperanza.

Madrid, 15 de noviembre de 2011